

# CAPÍTULO 7 – La vida de oración

<p><b>Vida espiritual y búsqueda de Dios.</b></p>	<p>1. Durante su vida terrena, la oración de Cristo brota constantemente de su intimidad con el Padre. Invita también a sus discípulos a orar siempre, sin nunca desfallecer.</p> <p>Guiado por el Espíritu y caminando en el seguimiento de Cristo, el Hermano busca a Dios de verdad en su vida de oración y en el corazón de su acción. Su vocación se convierte en un camino de santificación en el seno de una comunidad que es, para él, una escuela de vida espiritual y de formación. De este modo, se deja configurar con Cristo a través de la escucha obediente de la Palabra de Dios y la vida sacramental, que unifican progresivamente todo su ser.</p>	<p>1 Th 5, 17</p>
<p><b>Una vida a la escucha de la Palabra de Dios</b></p>		
<p><b>Meditación</b></p>	<p>2. Toda la vida del Hermano es escucha de la Palabra que transfigura y da vida. En el tiempo privilegiado de la oración, el Hermano busca a Cristo mediante la meditación de la Palabra de Dios y la contemplación de sus misterios. Aprende a progresar en «una vida de unión continua y familiar con el Padre, por medio de su Hijo Jesucristo, en el Espíritu Santo».</p> <p>Los Hermanos dedican treinta minutos cada mañana en comunidad a este ejercicio espiritual, que «no debe acortarse bajo ningún pretexto, pues de todos los ejercicios es el más necesario».</p>	<p>OT 8,1</p> <p>Regla 1825</p>
<p><b>Lectio Divina</b></p>	<p>3. La Lectio divina, lectura meditativa, orante y contemplativa de las Escrituras abre a la riqueza de la Palabra de Dios; elle desarrolla un instinto espiritual que permite «discernir cuál es la voluntad de Dios, lo que le agrada, lo que es perfecto». Compartida en comunidad, contribuye a la edificación de una fraternidad cuyo centro es Cristo.</p>	
<p><b>Liturgia de las horas</b></p>	<p>4. La celebración de la Liturgia de las Horas introduce al Hermano en la oración oficial de la Iglesia, que «ofrece a Dios, sin cesar, el sacrificio de alabanza, el fruto de unos labios que profesan su nombre». Su vida se mueve así al compás de la escucha de la Palabra de Dios y la oración de los salmos. Todas sus actividades encuentran aquí su sentido.</p> <p>Por la mañana los Hermanos celebran, antes o después de la meditación, el oficio de Laudes; por la tarde se reúnen treinta minutos para el oficio de Vísperas, un tiempo de adoración y la lectio vitae. Su oración se une a la del Pueblo de Dios que intercede por la salvación del mundo y presenta al Señor las esperanzas, las alegrías y las angustias de la humanidad.</p> <p><i>4.1 La Lectio vitae diaria abre al Hermano a la presencia de Dios, y a sus llamadas. Le permite darse cuenta de las resistencias que pone a la acción del Espíritu. Ayuda unificar su vida y le hace disponible a la acción del Señor en él.</i></p>	<p>VD 62</p> <p>1 Tes 5,17</p> <p>Heb 13,15</p>
<p><b>Lectura espiritual</b></p>	<p>5. Para alimentar constantemente su vida interior, los Hermanos dedican al menos dos horas semanales a la lectura espiritual. Dan prioridad a la profundización de las Escrituras y de los principales documentos de la Iglesia y de la Congregación.</p>	

	Se invita a cada comunidad a determinar momentos de lectura espiritual común: los textos pueden servir entonces de punto de partida para enriquecedores intercambios comunitarios.	
<b>Devoción mariana</b>	<p>6. Los Hermanos expresan su amor y veneración a la Bienaventurada Virgen María, modelo de escucha de la Palabra. A través de la Escritura, meditan sobre su papel en el plan de salvación y, mediante la liturgia, viven con ella los misterios de su Hijo.</p> <p>A sus cuidados maternos confían su vida religiosa y apostólica. Lo hacen especialmente a través del rosario diario, oración tradicional en la Congregación.</p>	
	<b>Una vida alimentada por la gracia sacramental</b>	
<b>Eucaristía</b>	<p>7. La Eucaristía, «signo de unidad y vínculo de caridad», es “la fuente y la cumbre” de la vida comunitaria. «Es el núcleo del amor divino, del celo y de la entrega». Los Hermanos encuentran en ella inspiración y alimento: se asocian a la ofrenda de Cristo y renuevan su consagración. De este modo, de la eucaristía sacan fortaleza e impulso para ser signo del amor gratuito y fecundo de Dios por la humanidad.</p> <p>Todos los días, los Hermanos participan en la Eucaristía. Si esto no es posible, se les invita a celebrar una Liturgia de la Palabra, con la comunión del Cuerpo de Cristo siguiendo las directrices de la Conferencias episcopales.</p>	<p>SC 47</p> <p>LG 11</p> <p>Regla 1876</p> <p>EV 82</p>
<b>Sacramento de la Reconciliación y perdón fraterno</b>	<p>8. Para convertir su corazón a Dios, el Hermano recurre con frecuencia al sacramento de la reconciliación, preparado por la relectura diaria de su vida. Mediante este proceso de fe, reconoce sinceramente sus ofensas ante Dios y acoge en acción de gracias el signo eclesial del perdón del Padre. Los Superiores se preocupan de facilitar la recepción de este sacramento.</p> <p>Del mismo modo, con humildad y confianza, el Hermano decide dirigirse a sus hermanos para ofrecerles su perdón o disculparse por las faltas que ha cometido, con el fin de consolidar los lazos de la caridad fraterna.</p>	<p>CEC 1484</p> <p>Mt 6, 14-15 ; 1 Jn 2,9-11</p>
	<b>Una vida unificada y perseverante</b>	
<b>Unidad de vida: oración y acción</b>	<p>9. El mismo Espíritu que anima al Hermano durante toda su vida, le invita a alabar a Dios en la oración y a servirle en la acción apostólica. Deseoso de no dejarse acaparar por sus diversas tareas, sabe mantener en su vida diaria los tiempos de oración indispensables para estar con Cristo. La respuesta concreta a la doble exigencia de su vocación, le impone opciones a veces difíciles, y la oración puede ser más difícil algunos días de cansancio. Aceptando esta tensión, el Hermano permanece fiel a su compromiso, recordando que Dios nunca falla a quien lo busca.</p> <p><i>9.1. Cuando las circunstancias le impiden estar presente en la oración comunitaria, se esfuerza en suplirla personalmente. Por su parte, la comunidad asocia a su oración a los cohermanos ausentes.</i></p>	
<b>Fraternidad y oración</b>	10. Unidos por la misma respuesta a la llamada del Espíritu, trabajando juntos en la viña del Padre, los Hermanos encuentran en el ambiente de una verdadera caridad fraterna el apoyo indispensable para su oración individual	

<b>común.</b>	y comunitaria. Del mismo modo, su fiel y asidua participación en los momentos de oración común y su ayuda mutua espiritual contribuyen en gran medida a sellar la unión de su fraternidad en torno a Cristo.	
<b>Responsabilidad personal</b>	<p>11. Cada Hermano asume la responsabilidad de su propia fidelidad, consciente de que su oración es mucho más que sumisión a un marco de vida, sino sobre todo una escucha amorosa de la Palabra y una adhesión libre a la persona de Cristo. En medio de un mundo agitado, atrapado por ocupaciones absorbentes, centra su vida en Dios que le invita a caminar en su presencia.</p> <p>Más allá de los tiempos prescritos, prosigue y profundiza su vida de oración, tendiendo hacia una unión cada vez más estrecha con Cristo.</p>	Ph 3, 12-14
<b>Ascesis y libertad interior</b>	<p>12. El Hermano recuerda que el espíritu de oración se alimenta de un clima de interioridad y silencio y de una sana higiene física y mental. Para liberarse de los obstáculos que le impiden escuchar la voz de Dios, integra en su vida una ascesis que le dispone a una constante conversión del corazón. En este camino de purificación interior, se hace más capaz de entrar en la intimidad de su Señor y de entregarse generosamente a los demás.</p> <p><i>12.1. El esfuerzo diario por levantarse puntualmente y para rezar de verdad, el respeto a los horarios, la capacidad de hacer silencio, el mantenimiento de su equilibrio humano y espiritual, la sobriedad en el uso de las tecnologías de la información y de la comunicación, la aceptación lúcida de los propios límites, la resistencia a la tentación permanente de la comodidad y el egoísmo, la moderación en el consumo de tabaco y bebidas alcohólicas, o incluso la abstinencia: en una palabra, todo lo que favorece el autocontrol permite al Hermano alcanzar esa liberación interior que el Señor le pide.</i></p>	
<b>Abandono en la Providencia</b>	<p>13. El Hermano agobiado por la edad, la enfermedad y la pérdida gradual de sus capacidades no se encierra en sí mismo.</p> <p>Sin perder su profunda alegría, se abre a la gracia presente de Dios, así como a la ayuda que le ofrecen sus Hermanos y las personas que lo rodean. En el abandono y la confianza en la Providencia, se une de un modo nuevo a Cristo, sufriendo por la salvación del mundo, haciéndose con Él «una ofrenda espiritual agradable a Dios».</p> <p><i>13.1 Los Superiores, con el apoyo fraterno de los miembros de la comunidad, se preocupan por ofrecer a los Hermanos mayores la fuerza y el consuelo que proporciona la unción de los enfermos.</i></p>	CEC 2000  Rm 12,1
<b>Caminando hacia el Padre</b>	<p>14. El Hermano acepta el declive gradual de su cuerpo con paciencia y esperanza: lleva un germen de eternidad. En Jesucristo, su muerte ya no es sólo un destino inevitable al que se resigna: ha cambiado de sentido y "representa una ganancia". Lleno de confianza, desea partir para estar con Cristo, a quien está consagrado.</p>	GS 22,6  Ph 1,21-23
<b>Unión más allá de la muerte</b>	<p>15. Los Hermanos mantienen viva la memoria de los Hermanos difuntos, especialmente de aquellos a quienes conocieron y amaron. En su oración diaria y en la Eucaristía, los recuerdan y expresan su comunión con ellos. Esta oración es expresión de la esperanza que los anima: «estrecharemos cada vez más los lazos que nos unen, esos lazos que nos son tan queridos, que ni</p>	S II, 493

	<p>siquiera la muerte ha podido romper».</p> <p><i>15.1 El fallecimiento de un Hermano o de un novicio se anuncia sin demora en el Instituto. Durante una semana, los Hermanos en su oración comunitaria encomiendan especialmente el difunto al Señor. El Instituto hace celebrar por el eterno descanso de su alma treinta misas. Los honorarios de estas misas son abonadas por cada Provincia o Distrito.</i></p> <p><i>15.2 Los Hermanos recomiendan regularmente al Señor los cohermanos, familiares, Laicos menesianos, alumnos y bienhechores fallecidos. Durante el retiro anual, se celebra una misa por el descanso del alma de los difuntos durante del año transcurrido.</i></p>	
	<b>Una vida renovada y acompañada</b>	
<b>Retiros</b>	<p>16. Periódicamente, los Hermanos aprovechan un momento propicio para renovarse en su compromiso en el seguimiento de Cristo, especialmente durante los tiempos fuertes de la Iglesia.</p> <p><i>16.1. La comunidad local, ocasionalmente con los Laicos Menesianos, organiza sus tiempos de retiro, de acuerdo con las directrices de la Provincia o del Distrito.</i></p>	
<b>Retiro anual</b>	<p>17. El retiro anual es un tiempo privilegiado de búsqueda de Dios en la soledad, el silencio y la oración. En una relación más íntima con su Señor, el Hermano renueva su vida espiritual, saca las lecciones del pasado y reanuda su caminar hacia Él en la esperanza de su gracia.</p> <p>Dejando atrás las preocupaciones de su vida cotidiana y distanciándose de todo lo que pueda distraerle, cada Hermano sitúa el retiro en el primer lugar de sus prioridades. Va allí «no sólo para estar presente en cuerpo, sino con el deseo sincero de consultar a Dios, de examinar su conciencia a la luz de la fe y de aprovechar todas las nuevas gracias que se le van a ofrecer».</p> <p>Cada año, los Hermanos hacen un retiro espiritual de seis días.</p> <p><i>17.1 Los Superiores mayores cuidan con esmero la organización material y espiritual de los retiros en su Provincia o Distrito. Prestan especial atención a ofrecerlos en un marco propicio al recogimiento y a la oración, en períodos favorables a la participación de todos.</i></p>	C G, 201-202.
<b>Acompañamiento espiritual</b>	<p>18. Iluminado por la fe, alimentado cada día por la Palabra, el Hermano relee su vida y busca «cuidadosamente las señales de la voluntad divina y los impulsos de su gracia en los varios acontecimientos de la vida».</p> <p>Consciente de su fragilidad, y confiando en la gracia de Dios, sabe que necesita mediaciones humanas para unificar su vida, crecer en libertad interior y permanecer dócil al Espíritu. Por eso, en cada etapa de su camino, recurre al acompañamiento espiritual.</p>	PO 18 § 2. EG 171.